

cance histórico mundial—, si —aquí y por doquier— estamos instalados en el corazón del nihilismo, nada ganaremos con apelar a argumentos morales a la antigua usanza. No se trata, pues, de criticar abstracta y masivamente al poder. Aunque más no fuera porque, caídas las ideologías —otro efecto de la muerte de Dios— el poder, casi sin máscaras, será de aquí en más el inevitable y casi excluyente protagonista. Más que vituperar resentidamente contra el poder refugiándonos en hipócritas éticas comunicacionales o intrascendentes y depotenciados juegos dionisiacos, ¿no será en los próximos años una tarea central de la cultura argentina encarar desprejuiciadamente el fenómeno del poder, hacerse cargo de su esquiiva condición, establecer distinciones imprescindibles en su seno, como la que deslinda la autoafirmación de dominio?

Silvio Juan Maresca

Marxismo, crisis e intelectuales*

¿Cuál es la crisis que atraviesa a nuestra sociedad?

Comencemos desde antes. La dictadura pretendió, a diferencia de otras anteriores, «reorganizar» a sangre

y fuego, de arriba a abajo, los fundamentos sociales, políticos, culturales y económicos de la nación. Dispuesta a todo, hasta la más cruel de las imposiciones, llevó la guerra interior contra la sociedad mayoritaria. Proyecto frío y racional para modificar el país, el más siniestro y cruel que se intentara nunca: la intención era que fuera radiada para siempre la voluntad popular. El horror desencadenado desnudó dramáticamente su dimensión humana: llegaron a los extremos más inauditos en la historia mundial de la tortura. Estos rostros cómplices que se prolongan en el actual gobierno están todos incluidos en el mismo círculo de ese infierno que nos dieron.

En 1983 la sociedad argentina ya no era la misma que antes del 76: se había transpuesto un límite cualitativo, había sido transformada, aunque ella misma no lo supiera todavía. Por eso los límites de los cuales ahora se parte son nuevos. No que antes no existieran: la historia anterior lo muestra. Pero no había alcanzado su forma sistemática, tan siniestra en su organización y aplicación, tan gozosamente ejercida y complacida, tan ensañada. Gozaban casi todos ellos con el dolor y el espanto. Nunca una complicidad directa y sabida abarcó tan profundamente a los más diversos poderes. Recurrieron al terror de Estado sin que les temblaran ni se les estremecieran los llamados «sentimientos humanos». Todos los poderes pusieron su alma al desnudo: allí se mostró lo más siniestro como su verdad profunda, sin tapujos. Forma parte de una misma estrategia: el ejercicio consciente y frío del horror como medio. Sabían, todos ellos, militares y curas, empresarios y financistas, políticos y periodistas, ideólogos y diplomáticos, lo que se hacía. Y lo apoyaron. Sobre ese fondo hablan y actúan ahora. Sobre todo con Menem, que es el continuador más acabado de lo que el Proceso militar se propuso y no alcanzó a dar término.

Entonces, hay un antes y hay un después del terror. La represión siniestra del Proceso fue un proyecto de domesticación completa de la sociedad. Un intento de «solución final» a la rebeldía. La justificación que todos los sectores han expresado para con esos crímenes muestra la base sobre la que se asientan nuestros lazos sociales.

* Entrevista con Alberto Pipino para Utopías del Sur, n.º 4. Buenos Aires, 1990.

Todo el poder que lograron se sustenta en el crimen, cuya figura modelo es la desaparición de personas.

Recordemos qué pasó entre nosotros antes del 76. En contradicción con el reflujo europeo, cuyo signo es el fracaso del mayo francés del 68, se produjo un incremento de las luchas populares, por ejemplo, en Chile, en Bolivia, en Uruguay, como antes en Venezuela y en Colombia: en nuestros países el capitalismo verifica sus límites. Y he aquí que eso pasaba también en Argentina. El cordobazo y el rosario se producen en el 69. De modo tal que hubo en América Latina una especie de conflagración popular, entusiasta. Mientras Europa caía en el escepticismo, paradójicamente en América Latina cundía el entusiasmo. Estaba la enseñanza de Cuba, de Vietnam, como antes Argelia, y por detrás el maoísmo chino, y también entre nosotros se pensaba trasladar esos modelos de revoluciones triunfantes y de experiencias distantes a las luchas nacionales. Todo eso circulaba en el imaginario revolucionario en América Latina: diez, mil Vietnam, se decía.

Sin embargo, para los que vimos, desde niños, cómo se desarrollaba la guerra civil española, y luego adultos, la segunda guerra mundial, el stalinismo, el genocidio de judíos, el apartheid en África, la reconversión de la revolución argelina, pero también la represión en Checoslovaquia y en Hungría, nunca nos engañábamos respecto de qué socialismo se había implementado en la URSS. No era necesario adherirse a Trotsky para pensarlo. Eso nos servía para comprender qué había y hay de irrenunciable en todo proyecto político. Por lo tanto, veíamos el germen del fracaso en toda revolución triunfante que repitiera su concepción despótica y militarista, aunque el pueblo hubiera dado lo mejor de sí mismo. No nos tragamos el sapo, quizá desde el mirador que nos ofrecía el primer peronismo, ni sobre el stalinismo ni sobre la capacidad «revolucionaria» de nuestra clase obrera peronista ni, por lo tanto, sobre cierto ideologismo político y filosófico que se ponía a cuenta de Marx. Marx ni aún en su época se hacía ilusiones: escribía sobre lo duro y difícil de la conversión de la conciencia obrera. Ya desde la revista *Contorno* los que formábamos parte de ella, Ramón Alcalde, David Viñas y su hermano Ismael, Noé Jitrik, Adelaida Gigli y yo mismo, desde los años 50, decíamos desde la izquierda «no» a ese peronismo tanto como al stalinismo.

La historia nos ha ido dando la razón de nuestras razones. Es cierto también que nos dio la razón más en aquello que negábamos que en lo que afirmábamos —como sucede casi siempre—. Aunque ese fracaso del peronismo y de la izquierda se haya convertido, contradictoriamente, también en nuestro. Porque, aún venciendo en un primer momento, ¿era pensable en serio una revolución socialista con la opresión popular, la burocracia estatal, el culto del héroe, y una organización represiva en el interior mismo de las fuerzas populares? ¿Era pensable una transformación social sin democracia?

A tu regreso, en 1983, ¿qué cambios encontraste?

Pues, encontré que la realidad era la misma y simultáneamente no lo era. Es difícil ver lo mismo y al mismo tiempo distinguir en él lo diferente. La sociedad parecía idéntica a primera vista, pero de esa imagen familiar surgía ahora un halo frío que acompañaba a todos, y también al paisaje de la ciudad. Comenzaba a notar cambios muy sutiles que la gente había sufrido, como lo habíamos necesariamente sufrido también nosotros. También las calles estaban tristes, como si cada una de ellas guardara su historia secreta. Ahí comenzó a aparecer lo que uno sospechaba: que el terror no podía no haber dejado huellas. Todos, afuera y adentro, habíamos segregado ciertos anticuerpos para poder vivir, para preservarnos: nos habíamos acorazado contra el miedo, y eso se notaba. Una cierta distancia, externa e interna, como contraparte a la angustia que el terror produce, presente en los que se habían quedado, o actualizada en nosotros, que nos habíamos ido. Al principio no se ve, pero al llegar uno recupera lo que habíamos eludido y que nos esperaba, agazapado: esa dimensión de horror y de muerte que nos invadió de nuevo, como si llegáramos a un campo minado, donde las imágenes de los desaparecidos, de los torturados, la mirada torva y siniestra y amenazante de los asesinos volvieran a asediarnos.

Habían infiltrado todo el tejido social, y se ponía de relieve aún en las relaciones mínimas, institucionales o familiares. Ahí comprendí una cosa que me parece fundamental: hasta qué punto cala y persiste el terror. Hasta qué punto es un límite para vivir y pensar, pero que al mismo tiempo es un límite impensado e impensable para quien lo ha vivido. Es como si el cuerpo se hubiera acorazado, insensible al dolor de lo que teme, pero tam-

bién la conciencia. Y uno sigue pensando, iluso, que piensa no desde el terror sino desde la libertad: que uno es libre de pensar lo que quiera. El terror, como la muerte, trabaja en silencio en nosotros mismos, mudamente.

El horror y la muerte habían atravesado de un extremo al otro a la Argentina. Así, hay un antes y un después del terror, como experiencia colectiva, que la gente no siempre percibe porque —insisto— es difícil estigmatizar al terror cuando uno ya está habituado a sobrevivir dentro de él. Sólo digo habituarnos, no familiarizarnos. Y con el comienzo de la «democracia» grandes sectores sociales sabían que eso era lo que debía ser elaborado, llevado a la conciencia para vencerlo en el cuerpo y volver a animar sus ganas ciertas: vencer el miedo colectivamente, aunque siempre esté en cada uno como individuo.

El radicalismo alfonsinista se hizo cargo al principio de estas esperanzas: la justicia encaró el juicio a los culpables de los crímenes, definidos de «atrocés y aberrantes». Calificación superlativa para nombrar el extremo límite infringido: más allá no hay palabras para designar lo inhumano. Pero luego cedió, poco a poco, en lo más importante: radió el tema de los medios de difusión que le respondían, disolvió y entregó al enemigo el empuje colectivo cuyo apoyo perdía. Nos entregó, luego de una parodia de coraje civil, en Semana Santa, y aceptó jugar el juego en la representación trágica en La Tablada. El lenguaje del neoliberalismo privatista encontró en el radicalismo un aliado sincero. Y, como ya lo sabemos: se comienza por ceder en las palabras y se termina por las cosas. Como una pintura falsa que se decolora desapareció poco a poco, se fue borrando y apareció otra en la poca tela que tenía: la sonrisa siniestra de lo enemigo. Luego el terror puso su huevo de la serpiente en la justicia: vino la ley de Punto Final y de Obediencia Debida. Con esta última ley se entroniza la barbarie como ley suprema. El juez Bacqué, de la Suprema Corte, tuvo el coraje de decirlo: «Es el límite infranqueable que nos separa de la barbarie; la idiotez técnica, el fanatismo desatado y la "Realpolitik" han puesto a la humanidad, por primera vez en su historia, en el riesgo cierto de un retroceso incalculable». Alfonsín ratificó la preeminencia del terror como base suprema de nuestra vida social, anterior a toda justicia. ¿Cómo no pensar enton-

ces que lo aberrante y atroz, así exculpado, permanezca como una amenaza constante para cada ciudadano?

Por eso la tarea de elaborarlo socialmente permanece. Es el objetivo fundamental de toda política democrática. Creo que está presente en toda actividad, y también en el trabajo intelectual: vencer el límite de aquello que te autoriza a pensar y a actuar. Si queremos pensar debemos enfrentar la angustia de muerte que el terror decantó en uno para impedir que lo hagamos: hay que seguir pensando dentro de ella contra ella. Ahí es donde se comprende el efecto social de la represión sobre la gente, sobre todos nosotros.

¿De dónde sacar las fuerzas para enfrentar este terror?

Las Madres de Plaza de Mayo son las primeras que enfrentaron el terror y osaron: pusieron un límite a la amenaza. Al arrostrarlo lo desnudaron en su eficacia final. Figura ancestral la de estas madres, engendradas por sus hijos muertos hacia un nuevo destino. Hablan desde más allá del terror: sacan sus fuerzas desde más abajo, porque al franquear los límites que el terror imponía lo vencieron fuera y dentro de sí mismas, y engendraron nuevamente un resplandor de vida que nos iluminó a todos. Fue dura batalla la de este coraje que tuvieron que vivir como una experiencia-límite. Marcan con su modelo extremo una situación que es común ahora a todos los ciudadanos: cada uno lleva en sí mismo la amenaza de ser un desaparecido. Soy, pero puedo dejar de ser, porque el crimen atroz y aberrante ha quedado impune. Hay piedra libre para los asesinos. Las figuras posteriores que se dieron alrededor de la defensa de los Derechos Humanos son las de quienes osaron mantener presente esta dimensión del terror, que enfrentaron y se mueven: no fueron paralizados.

Porque el efecto buscado, consciente en la estrategia de la dominación durante el tiempo político y pacífico de la democracia, es paralizar a los hombres, domesticarlos, profundizar hasta el extremo límite el autocontrol: continuar sutilmente segregando los índices y los signos de que el terror está allí, siempre presente, amenazante. Los medios de comunicación y las instituciones, los organismos de gobierno, la escuela y la iglesia lo hacen continuamente, está todo programado. La Tablada fue la teatralización extrema de esa amenaza: lo real y lo imaginario coincidieron. Si elaboramos social-